

“El rugby es una escuela de vida”. Etnografía sobre la construcción social del privilegio en la ciudad de La Plata”.

Juan Bautista Branz (Argentina).¹

Resumen.

El siguiente escrito se centra en un análisis de enfoque etnográfico realizado en la ciudad de La Plata, para comprender las lógicas que un grupo de hombres que juega al rugby organiza alrededor de sus prácticas, como sujetos socialmente distinguidos. El trabajo desmenuza la relación performática que establecen esos sujetos, pertenecientes a sectores dominantes (en tanto su posición privilegiada en la distribución de capitales: económicos, culturales y sociales) vinculados a la práctica del rugby, pero también, por fuera del campo deportivo. La modelación de sus estéticas corporales, las trayectorias sociales, sus biografías, se emparenta –y encuadra– con una forma de concebir su masculinidad, en tanto forma de *ver y ser visto, de actuar y de sostener* tradiciones que el campo del rugby ha cristalizado a lo largo de la historia de la práctica en la ciudad de La Plata y en Argentina. Sostenemos que el rugby es un espacio de distinción y de garantía de otras formas sociales y culturales de distinguirse dentro del mundo social. Nos proponemos entonces, entrar al mundo del rugby y analizar cómo se construye esa masculinidad que entendemos dominante, emparentada con la posición de clase, en tanto producción de distinguibilidad.

Palabras clave.

Rugby – distinción – masculinidades – sectores dominantes.

Summary.

The following paper focuses on an analysis of ethnographic approach developed in the city of La Plata, to understand the logics that a group of men, playing rugby, organizes around their practices, as subjects socially distinguished. The study unravels the performative relationship that those subjects, belonging to key sectors (while their privileged position in the distribution of capital: economic, cultural and social), linked to the practice of rugby, but also outside the sports field. The modeling of their body aesthetic, the social trajectories, their biographies, brings closer -and frames- with a way of conceiving their masculinity, so as to see and be seen, to act and hold traditions which rugby field has crystallized throughout the history of the practice in the city of La Plata and in Argentina. We argue that rugby is a space of distinction and other forms of social and cultural distinction warranty within the social world. We propose, then, enter into the world of rugby and analyze how that masculinity, that we understand as dominant, is constructed, in relation to class position, like production of distinctness.

Keywords.

Rugby - distinction - Masculinities – dominant sectors

Zonas analíticas.

Durante finales del año 2009, todo 2010, 2011, 2012 y parte del 2013, el trabajo de campo se basó en la construcción de datos a través de la vinculación con hombres que juegan al rugby en los clubes La Plata Rugby, Universitario y Albatros. Las entrevistas etnográficas nutrieron el análisis, relacionándolas con entrevistas semi-estructuradas, búsqueda de documentos históricos sobre el campo, y observación participante y no participante en espacios cotidianos como gimnasio de musculación, fiestas nocturnas, cumpleaños, entrenamientos, espectáculos artísticos, salidas nocturnas, peña folklórica, viaje de ocio, partidos oficiales, trámites varios, situaciones domésticas familiares, “tercer tiempo”.

La elección de los clubes, de antemano, supone una diferencia estructural y simbólica entre las instituciones. La Plata es el club de rugby más importante y prestigioso de la ciudad en términos históricos, de conquistas deportivas, de la posición social/simbólica de sus participantes y de posibilidades estructurales. El Club Universitario, se enmarca dentro de la lista de los clubes de la ciudad que contemplan varias disciplinas deportivas², con una fuerte participación en la tradición institucional de sectores medios emparentados a la vida universitaria de la ciudad. Albatros es el club con menor tiempo de vida y se diferencia de las otras dos instituciones, en tanto menores posibilidades estructurales y menor prestigio adquirido en el *ranking* de capital simbólico institucional en el campo del rugby. Construir estos tres espacios como observables, según sus características diferenciales, admite reconocer la intención –inicial- de entender al rugby como un campo complejo y heterogéneo, aunque siempre en la órbita de lo que entendemos por ideas y prácticas de sectores dominantes en la ciudad de La Plata. Suponerlo como un espacio homogéneo, sería un obstáculo epistemológico. Entonces, como punto de partida, presumimos que los tres clubes son diferentes entre sí, en términos de quiénes concurren, sus posibilidades materiales y simbólicas, y de cómo modelan la cultura institucional. Todo esto, situado claro, dentro de las lógicas regulares que estructuran el campo del rugby: que hacen que el rugby, se reconozca como rugby en la ciudad de La Plata y en Argentina.

La Plata y el impulso civilizador.

La Plata es una ciudad que tomó *vida*, principalmente, desde una idea ambiciosa: el proyecto político que diseñó, modeló y organizó la nueva Capital de la provincia de Buenos Aires fue pensada como uno de los paradigmas más relevantes, a nivel global del urbanismo del siglo XIX.

El principal organizador de la ciudad fue el gobierno bonaerense que, a través de la creación de un Estado, debió instalar no solamente las instituciones sino seducir e inventar a su población. La arquitectura grandiosa, los avances tecnológicos, y las facilidades para la radicación no resultaron suficientes para concretar una ciudad habitada: resultaba una ciudad fastuosa pero desierta, sin sujetos que la doten de pertenencia ni identidad. Identidad soñada y configurada sobre los valores constitutivos del proyecto sustentado en los postulados de la Generación del '80: la razón iluminista, la ciencia, el progreso, la felicidad, el orden, la belleza. Dice Losada (2012) que las inquietudes de las clases altas y gobernantes de Argentina pasaban por renunciar al provincianismo y modelar la vida cotidiana bajo los usos y costumbres de la matriz eurocéntrica del momento, asociado a *lo civilizado y a lo distinguido*.

Los primeros habitantes fueron imprimiendo sus trayectorias tan distantes como diversas: contingentes migratorios europeos convivieron con miembros de familias patricias porteñas. Claro que estas divergencias, cuya base se fundamentaba en el modelo del “progreso”, condenó a la desidia a pobladores de pueblos originarios, a campesinos, a gauchos y pastores (Ibíd.)

A partir de la radicación de estos sectores se desarrollaron, muy rápidamente, múltiples actividades que fueron gestando y articulando campos especializados en la política, la educación, la salud, la alimentación, la cultura, los servicios, el ocio, el transporte, el deporte, la construcción y las finanzas. Cada campo fue fundando tradiciones a través de

instituciones, agentes y prácticas que contribuyeron dinámicamente a poner en acto a “una leyenda” sobre la identidad platense:

“Ya en 1885 el joven Santiago de Estrada dedicaba a La Plata emocionados párrafos: ‘El ideal de La Plata se ha incorporado a las cosas reales, como el sueño de la Armórica. Llegamos a La Plata dudando y hemos salido soñando’ [...] Es una ciudad ideal, de amplitudes grandiosas donde antes había estrecheces; dotada de palacios para cada función del organismo. Pero plazas, estaciones, avenidas, capitolios, bancos, bibliotecas, tan vastos, que se ve que no es para el presente que se construyeron, y esto lo decía el hasta ayer hipercrítico Sarmiento.”³

La sensación de que se ponía en marcha una ciudad, un país, alimentaba lo que Adamovsky llama “el mito de la modernización social”, acompañado por una política pedagógica que caló bien hondo en el imaginario argentino, que sostiene que en 1880 se pone en marcha el país. Asistimos al mito fundacional de las bases de una sociedad justa e igualitaria para todo poblador del suelo argentino, donde la prosperidad y el “progreso” son la característica inaugural de nuestra Nación:

“De este modo, el proceso de ‘modernización’ que comenzó con fuerza en la década de 1870 desembocaría en esa sociedad abierta, próspera, democrática y en rápido progreso de las décadas de 1920 o 1930, tan parecida a las naciones más adelantadas, que prometía convertirse en una gran potencia mundial. Se nos induce así a pensar que el proyecto de país que las clases dominantes del siglo XIX pusieron en marcha fue algo positivo en general para todos los habitantes de este suelo: la ‘modernización’ –nadie podría dudarlo- es mejor que el ‘atraso’” (Adamovsky 2012:42)

Previamente a la década de 1880, la sociedad argentina se dividía en dos clases: “la gente decente” y “la plebe”. Los primeros eran los militares y funcionarios españoles y criollos, los grandes terratenientes, comerciantes a gran escala, curas, abogados, médicos, quienes se encargaban de trabajos intelectuales, y los pocos “industriales” de la época especializados en saladeros y curtiembres. El resto, era la “plebe”: gauchos, campesinos, pastores, peones de campo, artesanos de las escasas manufacturas, los pulperos, quienes se dedicaban al negocio ambulante, los carniceros, los transportistas de carretas, el servicio doméstico, las prostitutas y las lavanderas (Adamovsky 2012). Dice Adamovsky que las “diferencias sociales coincidían bastante con las diferencias étnicas o de ‘castas’, como se decía

entonces” (Ibíd.:20). Lógicamente, dados los parámetros dominantes, la clase “decente” era blanca. En el medio, no había nada: se era o no se era “decente” (Ibíd.)

Sin herencias ni lazos monárquicos de sangre, pequeños artesanos, técnicos o profesionales lograron ocupar y modelar espacios claves en la nueva sociedad platense. El arraigo, como “virtud legitimadora” permitió el acceso a determinados bienes (tierras, instituciones, empresas) que facilitaron el ascenso dentro de las jerarquías sociales, instalándose como “familias tradicionales” y la fusión de apellidos como creación de “linajes platenses”.

La idea de “linajes” encierra sentidos de jerarquía, prestigio y reconocimiento que se vinculan a la visión del positivismo que encuentra en la clase letrada como la poseedora del derecho a conducir el país y la adhesión al pensamiento liberal. El liberalismo sostuvo la fe en el progreso y la creencia en que el desarrollo económico sólo se alcanzaría mediante el juego libre de las fuerzas comerciales y con gobiernos limitados a respetar la libertad individual. El positivismo representó la vanguardia ideológica de una burguesía identificada con el avance sostenido de la ciencia y de la técnica, como forma de desarrollar las fuerzas productivas y de terminar con las secuelas de la "barbarie" tanto en el orden material como el cultural. El proyecto que se instala finalmente en el país, es el proyecto “elitista”, orientado, discutido y construido por los sectores dominantes, dándole sentidos concretos a la idea de Nación. Adamovsky (2012) explica que el proyecto de la “civilización” o “el progreso”, en Argentina, consistía en aprovechar las coyunturas del capitalismo mundial. Para esto, se necesitaron reformas que promovieron cambios sociales profundos y traumáticos, bajo la construcción de un Estado, cuyo poder político estaría en manos de las elites argentinas.

Entre las reformas profundas y radicales, se establece la distinción étnica y social, que estructura y modela la idea de “gente decente”, y la idea de los “otros” bien marcada. En palabras de Sarmiento:

“Cuando decimos pueblo entendemos los notables, activos, inteligentes: clase gobernante. Somos gentes decentes. Patricios a cuya clase pertenecemos nosotros, pues no ha de verse en nuestra Cámara [se refiere al

Congreso] ni gauchos, ni negros, ni POBRES. Somos la gente decente, es decir, patriota”⁴ (En Adamovsky, 2012:35).

Queda así asociada la decencia a la clase alta, como marca patriótica, como característica inescindible, como sinécdoque: la clase alta es la patria. El patriotismo se construye desde la decencia de la clase alta, excluyendo a las clases bajas de toda esa virtud (Ibíd.). La dominación no se trata sólo de ideas. La élite controla exclusiva y efectivamente el Estado hasta principios del siglo XX, limitando y deslegitimando toda acción popular de participación política. Claro que entendemos a las “élites” como producto social, histórico y dinámico y no como una esencia derivada de la *naturaleza*. En el medio de los procesos, tenemos en cuenta los conflictos y los combates por nombrar la legitimidad del mundo social y cultural. Sobre todo, como afirman Ziegler y Gessaghi (2012), que en Argentina no existe una modelación de las posiciones de élites, previas a la constitución y conformación del Estado Nacional, como sí es el caso de Francia e Inglaterra, donde la formación de las élites se configuró –previo a la emergencia de la República- a través del sistema educativo e instituciones especializadas para la formación de clases dirigentes:

“En contraposición, en la Argentina no existe un circuito de instituciones que, con el aval del Estado, garanticen el acceso a posiciones de élite – aunque no faltaron intentos de promoverlas-. Es decir, no hay continuidad entre el pasaje por determinadas escuelas y el ingreso a posiciones dentro del Estado u otros ámbitos de conducción y ejercicio del poder. Sin embargo, si el Estado no ‘certificó’ la conformación de espacios restringidos a unos pocos, tampoco los disuadió ni los reguló, sino que delegó a la ‘libre competencia’ la consagración de las élites.” (Ibíd: 12).

Las familias enumeradas en el trabajo de De Luca⁵ se fueron ubicando en los espacios destacados de las estructuras sociales, políticas y culturales que aspiraban al desarrollo de un estilo europeo. En coincidencia, el diario *El Día*, en la Sección “Ciudad”, reconoce a “determinados personajes” en su fallecimiento, resaltando ciertos atributos legitimadores a la hora de la definición de “prestigiosos”: nivel de educación alcanzado, títulos obtenidos y cargos desempeñados en instituciones públicas y privadas, actividades artísticas ligadas a las bellas artes, deportivas en instituciones tradicionales, solidarias/caritativas en organizaciones “de bien público”, o al tiempo dedicado a viajes de placer. Si bien Bourdieu en *La Distinción* (1998 [1979]) demuestra un “efecto de inculcación” ejercido por la

familia o por las condiciones de existencia originales que termina reproduciendo un dilema determinista sobre las posibilidades de los agentes, es relevante el efecto de la trayectoria social y su relación con las disposiciones hacia las experiencias de ascenso social o de la decadencia. Por supuesto que hemos vigilado lo que Bourdieu trabaja como punto de origen y que metodológicamente hemos rastreado, sin establecer relaciones mecánicas que vinculen un punto de partida social y una supuesta trayectoria determinada exclusivamente, por ejemplo, por el capital económico acumulado. Aunque sí evaluamos los capitales acumulados y la relación posicional en el campo del rugby, junto a la posibilidad de acción de los sujetos indagados dentro del campo o en relación a otros campos. Veremos más adelante, cómo se configuran las trayectorias sociales de los hombres que juegan al rugby en la ciudad de La Plata, y la relación con su posición social y su relativa percepción sobre esa posición, sobre todo pensando en su disposición a ocupar espacios de poder (y dónde y cómo volver eficaz ese poder).

Modelos a seguir.

En Argentina, la devoción por la cultura europea (especialmente, por lo británico y lo francés) por parte de los sectores dominantes y dirigentes (tal como explicáramos anteriormente) se convirtió, en el campo del rugby, en la copia fiel de la práctica europea. Decimos con Alabarces (2002) que es en la década de 1910 que los equipos británicos de fútbol abandonan los torneos, para organizar y diseñar las tradiciones del rugby en Argentina. Con algunos puntos de contacto con la experiencia inglesa, las clases populares argentinas se reapropian del uso y la configuración de la práctica futbolística, cambiando su sentido cultural y social, en lugar del esquema ideológico y de clase inglés (Archetti, 2001 y Alabarces, 2002). El rugby y el hockey femenino son, durante varios años, un fuerte símbolo de distinción de clase en Argentina (Alabarces, 2006).

La concepción de *Fair Play* guarda relación directa con una noción de honor, respeto y lealtad con el que los *gentlemen* ingleses se diferenciaban de aquellos que no podrían hacer

del autocontrol de sus emociones una señal distintiva. Palermo (2010) exhibe cómo la apropiación del rugby por parte de los sectores dominantes, en la Argentina, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX se sostuvo en una reinterpretación de “lo inglés” como elemento distintivo. Si los estudios sobre las representaciones fundacionales de la Nación argentina (de un estilo de juego y de masculinidad) de la Revista “El Gráfico” (desde los años ‘20, en adelante) de Archetti (2001) mostraron que desde el fútbol se construía un mundo imaginario donde lo masculino no se relaciona con la pureza del guerrero, con la virilidad y el sacrificio, como la experiencia francesa o inglesa, el mundo imaginario de los sectores dominantes se hará cargo de esos atributos y los asociará directamente al rugby como espacio significativo: pero además le agregará el sentido de la caballerosidad, asociada históricamente al espacio de “lo inglés”. Es la operación inversa desarrollada en la historia del fútbol en Argentina. Tal vez porque no haya un sujeto colectivo que disputó e interpeló con su participación al aristocrático rugby argentino. Se trata de la inversión ideológica que reproduce una forma moral de ser hombre y concentrar atributos como la fuerza, la caballerosidad y la elegancia, en un mismo cuerpo (Branz y Garriga, 2012).

Desde el rugby, históricamente, se concibió la oportunidad de conciliar en un mismo espacio, por un lado, la condición de *caballerosidad* (basadas en la tolerancia, la lealtad, el respeto y la disciplina) y, por otro, la *agresividad* (asociada a las características de violencia de la práctica). En apariencia, si remitimos a la condición dualista, de lo dócil y lo agresivo, o lo violento y lo pacífico, estableceríamos una oposición que en el campo de rugby, se presenta como complementaria o necesaria. Es decir, el sistema elaborado históricamente en base a modelos civilizatorios que regularon el espacio del rugby en Argentina, como vínculo deportivo con los sectores dominantes, a través de una lógica apoyada en la *razón* como forma “descubrir” el mundo y construir las propias prácticas, estabilizó y garantizó la necesidad de resguardar un espacio distintivo de clase y, conjuntamente, un lugar seguro para los atributos asociados a una forma tradicional de masculinidad. Una producción y reproducción cultural vuelta naturaleza, vuelta sentido práctico (Bourdieu, 2007[1980]). Como diría Bourdieu, y para comprender el sentido distintivo que le otorgan los actores participantes del rugby en Argentina:

“...la distribución de la práctica de los diferentes deportes entre las clases, sería necesario tomar en cuenta la representación que, en función de los esquemas de percepción y de apreciación que les son propios, las diferentes clases se hacen de los costes (económico, cultural y ‘físico’) y de los beneficios asociados a los distintos deportes, beneficios ‘físicos’ inmediatos o diferidos (salud, belleza, fuerza –visible, con el culturismo, o invisible, con el higienismo- etc.), beneficios económicos y sociales (promoción social, etc.), beneficios simbólicos, inmediatos o diferidos, ligados al valor distributivo o posicional de cada uno de los deportes considerados (es decir, todo lo que concurre en cada uno de ellos por el hecho de que sea más o menos raro y esté más o menos claramente asociado a una clase...), beneficios de distinción procurados por los efectos ejercidos sobre el propio cuerpo (p. ej. esbeltez, bronceado, musculatura más o menos aparente, etc) o por el acceso a grupos altamente selectivos...” (Bourdieu, 1998[1979]:17-18)

En Argentina no hay, en apariencia, un conflicto de clase en relación a la apropiación del rugby como espacio a conquistar. Es un sector, en tendencia, que persigue, conserva y garantiza, lo que nombra como “amateur” dentro de las reglas del campo; dispuestas fundamentalmente por instituciones deportivas (clubes) y algunos productos gráficos de circulación selecta. Recordemos que, siguiendo a Losada, no existieron en Argentina instituciones educativas que reprodujeran y experimentaran las lógicas de las *public schools* británicas, donde el rugby era incorporado como actividad deportiva.⁶

Sobre la “gente del rugby”.

Muchas de las charlas con Nacho⁷ han sido o, mejor dicho, han contribuido para que él me explique, y yo entienda qué significa jugar al rugby en La Plata. Y no sólo eso: qué significa hacerlo en un club determinado, y no en otro. Nacho sabe que no es lo mismo jugar en Albatros que en cualquiera de los otros cuatro equipos de la ciudad. La diferencia, explica, radica en la formación de esos clubes, como clubes de rugby: sus historias, la cantidad de gente que colabora y que asiste al club, sus trayectorias, y la ubicación en la ciudad. En esta última se apoya para fundamentar las diferencias, agregando una

caracterización de quiénes juegan en Albatros, quiénes en San Luis⁸, La Plata Rugby Club (LPRC) o Universitario:

“Ya llegar a Albatros Rugby Club es incómodo, digamos, tenés que tomarte un colectivo, te bajás del colectivo y te afanan en la puerta, es difícil. Entonces, un pibe de diez años, si no tenés un papá que lleva cinco pibes no va a la escolita, es difícil. En cambio, capaz que un pibe que va a La Plata Rugby hasta se puede tomar un colectivo para ir, lo toma en el centro y lo deja en la puerta del club, los mismo Universitario y lo mismo pasaría con San Luis, pero ya el nivel que tiene es otro, los pibes a los 17 años tiene camionetas 4 x 4, que en Albatros no pasa, ¿me entendés?”

Nacho resume la distinción a lo geográfico, a la ubicación de los clubes que, indefectiblemente, asocia al traslado hacia el club y a las condiciones de ese traslado. Los beneficios de las tierras de Gonnet⁹, en relación a las de Hernández¹⁰, en tanto la accesibilidad que brinda el sistema de transporte de la ciudad, relativo al punto de partida de cada jugador antes de ir al Club, no son los mismos. Ese es el indicio que Nacho muestra como particularidad del imaginario que sostiene sobre la posición de Albatros y la de otros clubes, cristalizando el sentido que, por un lado obtura la llegada de algunos chicos a ciertos clubes y, por el contrario, lo que les permite el acceso. Su argumento parece radicar, fundamentalmente, en una diferencia económica:

“Entonces llega un momento que por una cuestión totalmente socioeconómica el pibe tiene la posibilidad de manejarse, hasta de tomarse un remise solo, que los pibes de Albatros no, porque los pibes de Albatros se nutren de amigos de amigos, uno de la escuela de Hernández, otro de la zona de las granjas, de las quintas, como del centro también, ¿no?”

Otra vez Nacho asocia el supuesto lugar de residencia con la condición posible para acceder o no, a un club con mayor prestigio. Y también se refiere a los “pibes”. Habla de los jóvenes que integran las juveniles. Si bien es cierto que muchos de los jóvenes mayores de diecisiete años llegan al Club Universitario o a La Plata Rugby Club manejando un auto¹¹, existe una responsabilidad legal que no permite conducir a menores de diecisiete en Argentina. En Albatros, como era el caso de Nacho, la mayoría de los integrantes del Plantel Superior poseían vehículo y organizaban, según el trayecto, la recolección de los más jóvenes, justamente, para evitar que se movilizan en más de un colectivo.

Con el tiempo Nacho amplió su criterio sobre la diferencia de los clubes, y al argumento socioeconómico sostenido por la geopolítica territorial, le sumó un componente étnico/cultural. De la diferenciación general que ubicaba en la periferia y posición subalterna con respecto a los demás clubes, Nacho redujo y recortó la caracterización (recurriendo, igualmente, a lo territorial como fundamento que organiza cada grupo). La distancia inicial con Universitario¹², disminuía si los “otros” distantes eran los habitantes de City Bell¹³; entonces la diferencia se vuelve relativa agregando otros componentes:

“No hay diferencia, obviamente la diferencia está dada a que ‘son los negros de Hernández’ o ‘son los negros de Gonnet’ o son ‘los chetos de City Bell’, para los de City Bell son ‘los negros de Gonnet’.”

La *negritud*, en este caso, para Nacho, reside en una diferencia de estilo y de clase. La *negritud* tiene correlación en este caso, según Nacho, con lo que denomina como “grasa”: lo que no es “fino”. Lo que no resiste un estándar refinado de costumbres tales como “hablar correctamente”, “estar instruido”, “vestirse mal” u “oler mal”, “tener mal gusto”. Aunque no sea el caso concreto, en la relación que establece entre Albatros y Universitario, y la comparación con los habitantes de City Bell, sus caracterizaciones se van definiendo a medida que se presenta, dependiendo el contexto y, más aún, cuando cuenta quién es él en el espacio del rugby. Aunque no haya demasiadas diferencias estéticas entre los jugadores de Albatros o Universitario y los de LPRC, Nacho insiste en agudizar la distinción. No es la *negritud* que sí amplía cuando adjetiva, negativamente, a algún joven que solemos cruzar en la calle, vestido con zapatillas deportivas, con un corte de pelo (desairado por Nacho, por los diferentes niveles en el largo del pelo: la conjunción de rapado y algunos centímetros más en el mismo corte, más el accesorio de una gorra), o el color de piel (percibida por Nacho como “negra”). Hemos compartido muchas charlas en la vereda de su Gimnasio y él detenía la charla si algún joven con esas características estéticas pasaba cerca de nosotros, sugiriendo que “estamos cada vez peor”. Como tantos y tantas, Nacho porta con el estigma histórico edificado en Argentina sobre las clases populares: el hecho de asociar, como dice Adamovsky (2012), las condiciones económicas desfavorables con el

color de la piel, confirmando el prejuicio que quien mantiene la relación de “piel más oscura” y habita en zonas menos urbanizadas, es “inferior” y poco apto para la “civilización”. La “tez blanca” más las conductas morales y estéticas de la “gente del rugby”, inhabilitan a pensar en la posibilidad de que el rugby fuera “cosa de negros”. Lo cual nos deja ver que la estrategia discursiva que Nacho utiliza al compararse con los habitantes de City Bell, es circunstancial y que la “negritud” no existe: excepto para estigmatizar y/o desjerarquizar a otros.

Nacho, a medida que transcurrió nuestra relación en el campo, osciló entre el relativismo que lo coloca a él y a su Club en un lugar de privilegio, y un absolutismo que lo condena a él y a Albatros a la periferia del rugby platense; aunque jamás duda de que el rugby sea, en La Plata, un espacio donde ciertos actores se distinguen y son distinguidos. Asegura fervientemente que el rugby no es un deporte popular, pero a la vez dice que cualquiera puede jugarlo, apoyándose en lo que el resto de mis interlocutores (cualquiera sea su club) sostiene: “Lo puede jugar cualquiera: el gordo, el flaco, el alto, el bajo. Todos”. Es una pluralidad fisonómica la que construyen Nacho y sus colegas. Y donde excluye a las mujeres, “porque tampoco es un deporte que la mujer entienda mucho, y como el deporte sigue siendo a ese nivel y a todo nivel, el rugby es un deporte lamentablemente elitista”. Pero esboza cierto margen participativo, pensando en el efecto de lo que llama “Pumamanía”¹⁴ y admite que, lentamente, hay más gente que va entendiendo el deporte:

“Y no es popular, no es un deporte popular porque no todo el mundo lo entiende, hubo una ‘Pumamanía’ por el mundial. Si no, la gente ni sabe lo que es el rugby, ni sabe cuántos jugadores tiene. O sea... ¡vamos! ¡no es un deporte popular!”.

En este caso, Nacho reserva el gusto por el rugby a una supuesta cofradía que sí sabe de rugby y que, históricamente, se ha vinculado al campo. Asocia lo popular a una incapacidad de conocimiento, a un acceso limitado de saberes específicos del deporte que, de no ser por la masividad del evento mundial, no hubiese accedido de otra manera.

Pertenecer a un “club grande”, dice Nacho, te otorga otro tipo de facilidades. Allí Nacho establece otro borde que excede el campo del rugby, y amplía el análisis hacia afuera del

rugby. Está hablando del prestigio que cree él que le otorga a un jugador de rugby que integra otro club que no sea Albatros. Y expone conscientemente sus prejuicios sobre esos hombres advirtiéndole que

“existe lo que es la envidia, lo que es el desprecio porque el otro tiene y yo no tengo. ¡Ojo! cuando te digo ‘yo’, no te hablo de mí. Te hablo de la gente que no está en el rugby y cree que está lleno de cancheros”

Nacho retoma un prejuicio general que reproduce la idea que el rugby es sólo para gente distinguida. Lo hace estratégicamente, primero, retomando lo que “otros” dicen sobre el rugby, para luego expresarme qué es lo que piensa él de sus colegas que ocupan otros lugares en el rugby platense:

“un flaco de un club grande tiene otro tipo de facilidades, porque capaz que el flaco justo tiene facha, juega bien al rugby, juega en la primera de un club y encima tiene guita, entonces es como que uno lo mira con cierto desprecio y decís ‘este es un boludo’. Entonces capaz que tratás de evadir esos lugares”.

Otra vez Nacho distingue a los clubes grandes de Albatros. Pero además le asigna un tipo de conducta a sus miembros, la cual rechaza, aunque inmediatamente vuelve a apoyarse en la hipótesis de lo que sienten “otros” sobre el rugby: “Algunos sí, yo no tengo problemas, pero hay algunos que les molesta ir a un lado que está lleno de ‘maristas’¹⁵ o está lleno de ‘canarios’, o está lleno de ‘tilambres’, es una cagada”.

Nacho es un preocupado por la estética, tanto masculina como femenina. Cuando me describe a alguien, lo primero que hace es decirme cómo es físicamente, pormenorizarme sus atributos fisonómicos, ya sean positivos o negativos para él. Y enseguida, los compara con “tipos normales”, como él (señalándose a sí mismo) o como yo, pese a nuestras diferencias. Si hay más participantes en la charla, extiende la comparación hacia todos los integrantes de la tertulia, formando un círculo con sus brazos que se extiende de menor a mayor y que grafica esa circularidad grupal.

Nacho me enseña cuál es la diferencia entre los jugadores y los clubes de rugby. En algunas oportunidades, se exterioriza del relato y pasa a formar parte de esos “otros” que no

conocen las lógicas. Y en ciertos momentos, vuelve sobre su posición. Cuando vuelve lo hace para contarme anécdotas sobre su club y sobre su desempeño en la institución. Es ahí donde suspende el relativismo que activa cuando me cuenta qué significan los “clubes grandes” de rugby de La Plata, y qué privilegios se obtiene siendo parte de ellos. Allí me cuenta los beneficios que él obtiene: en una buena jugada que realizó en un partido, en la conquista de una mujer que conoció (gracias, según él, a sus atributos físicos y su condición de jugador de rugby), en diferentes eventos vinculados a la vida nocturna de la ciudad. Nacho, tal vez, sea uno de los jugadores más reconocidos de Albatros; no por su calidad de jugador, sino por las relaciones que mantiene con agentes de otros campos: empresarial, deportivo, nocturno, estatal, etc.

Nacho construye y lleva adelante una imagen que naturaliza en relación al ideal de jugador de rugby, en donde asocia la posición económica con la belleza como condición, estrictamente referida al rugby: gran volumen muscular (de cuellos, trapecios, brazos, pectorales, abdominales), corte de cabellos estándar (el límite del largo del cabello llega hasta por encima de los hombros. No registré jugador que tuviera el pelo más largo que esa medida), rostros que considera de “tez blanca”, y un buen aroma en la ropa y en el cuerpo. Y desde ahí, lo que esa articulación de atributos -supuestamente discriminados y complementados por Nacho- trae aparejado en el beneficio social que otorga en términos de estatus. Condición socioeconómica privilegiada, más un estándar de belleza dominante, enmarcados en la lógica elitista que organiza el rugby: el rugby sería para gente distinguida. Dice Nacho que él lo percibe como

“aires de grandeza, aires de elitismo que genera el rugby. Vos ves un flaco que juega en San Luis y es distinto, es distinto realmente. Yo creo que es una cuestión, yo no lo veía de chico y lo veo de grande, una superioridad total, como que son más”

Nacho transita en un campo al que le asigna la oportunidad de obtener privilegios. Si bien, dentro de Albatros es un actor con mejor posición de acceso a ciertos espacios o bienes, su condición no la determinó su integración al rugby en forma absoluta. Más bien fueron sus relaciones sociales constituidas desde su adolescencia hasta hoy, atravesando diversos espacios sociales, con estrategias eficaces para sostener los vínculos que él considera

beneficiosos. Nacho no es un “hombre de rugby” como lo definen quienes, desde muy pequeños, pertenecieron a un club de rugby y aprendieron todo lo que significa jugar al rugby en La Plata, como trayectoria social y cultural. La operación de Nacho al explicar las diferencias entre los jugadores de rugby y los privilegios que, supuestamente, se obtienen al jugar al rugby, están expuestos desde una condición periférica;¹⁶ que en otras circunstancias las narra desde una centralidad, asociada a privilegios obtenidos.

Nacho moviliza, ante mí, y ante otros sujetos circunstanciales, (compañeros de rugby, mujeres, su pareja, su familia, clientes de su gimnasio) su identidad, que le sirve como factor de legitimidad de una posición, justamente de privilegio. Esa movilidad de clasificaciones, a decir de Ziegler y Gessaghi (2012), no son una descripción de la realidad –como construcción social-, sino una posición ante ella. Pensar en desnaturalizar la diferencia es pensar en reponer las relaciones históricas que Nacho expresa como *naturaleza y esencia*. Sobre todo en la producción grupal de esos supuestos beneficios que Nacho caracteriza y distingue como resultado de “pertenecer” o “estar” en relaciones de privilegio, con respecto a otros grupos.

Pagar para jugar: “nos criamos de esa manera”.

Si para Nacho, LPRC es el lugar de pertenencia por excelencia, donde sus integrantes producen –y obtienen- privilegios sociales, económicos, políticos y físicos, la mirada de Agustín y de Damián será diferente, siendo ellos integrantes de LPRC. Agustín realiza la misma operación de diferenciación que Nacho, pero lo hace en relación a los clubes de la zona norte del conurbano bonaerense. Asegura que

“ahí sí que hay diferencias sociales, claro que hay diferencias sociales. Son tipos de clubes de zonas de mucha plata. El nivel económico les da muchas facilidades. Hay escalas, obvio que hay escalas; ni hablar que hay escalas (repite). Hay clubes mejor posicionados que otros, como Newman o CASI”

Aquí se hace visible en Agustín otra de las diferencias imaginarias del rugby en la Provincia de Buenos Aires: la competencia simbólica entre los clubes de La Plata y los de

la zona norte del conurbano bonaerense. Estos han sido los padrinos –directa o indirectamente- de todos los clubes de la ciudad de La Plata. Son, por sus años de historia, los que reproducen las tradiciones del rugby *como se debe hacer en el mundo del rugby*. El estilo “inglés” que destilan desde la arquitectura y la estética de las instalaciones de los clubes, hasta ser los guardianes primeros del “verdadero espíritu” del rugby. Agustín parece construir lo que Adamovsky (Ibíd.) llama “diques sociales”. Primero lo hace para construir una barrera simbólica entre el rugby de La Plata y el de la zona norte bonaerense. Pero luego lo hace en el plano local: otra vez se echa mano a la localización territorial como signo distintivo. Agustín reconoce que Gonnet es:

“quizás, en el posicionamiento económico, una zona con gente de mayores recursos. Si bien quizás cruzás la vía y tenés cercanías de gente de menos recursos¹⁷, pero es una zona de bastante nivel socioeconómico alto”.

Ahí se posiciona Agustín y lo ubica a LPRC en relación con el resto de los clubes, pero a la vez elige compararse con los clubes de zona norte realizando, en el mismo gesto de distanciamiento, una maniobra de aproximación simbólica.

Hay un segundo argumento que es determinante para Agustín en relación a las diferencias sociales entre el rugby y otros espacios. Él se declara un fanático del fútbol, porque conoce muy bien que la diferencia entre jugar al fútbol y jugar al rugby tiene que ver con “un tema de educación, ¿no?”, me mira y me invita a que sea cómplice de su hipótesis. Y continúa la explicación diciendo que “no la quiero embarrar pero es un poco de educación, el jugador de futbol viene de otra clase social”. No me aclaró de cuál venía, pero dejó en claro la diferencia. Otro “dique social” erigido para separar a quiénes no integran su espacio, acompañado de la portación de otro de los grandes movimientos referidos a la idea de una alta cultura y de la educación como signo de distinción en la Argentina de fines del Siglo XIX y principios del Siglo XX: junto con la buena educación y la cultura letrada vendrán los buenos modales, propias de una persona “civilizada”.

Para Agustín el giro argumental vira otra vez. Ahora hacia la lógica del amateurismo:

“es verdad, nosotros tenemos que pagar para jugar. Y vos vas a jugar, y vos estás dando todo, pero no lo entendemos así, nos criamos de esa manera. Es mucho más fácil cuando lo aprendés de chico”

Con naturalidad, maneja la idea de que “hay que pagar para jugar. Y el que no tiene... bueno, que venga a ayudar en algo, que entrene una categoría. Si no podés pagar la cuota, el club te da muchas posibilidades”.

Una anécdota de Damián, insiste en que la barrera de ser un deporte caro no impide a nadie jugar al rugby. Más allá que él sienta que no tiene plata “y está todo bien, juego igual”, cuenta que tanto a él como a Agustín le presentan jugadores para integrarse al plantel superior. Dice que como referentes deben presentárselos a ellos, y son ellos quienes integran a los nuevos: “me pasó con un chico que vino de Neuquén. Le hicimos una ronda de bienvenida y no lo podía creer. Me dijo ‘no puedo creer que seas tan bueno. Yo te veía por la tele pero no pensé que era así’”. Le consulté si ese joven aún estaba en el club y Damián me contestó que fue un mes y no concurrió más.

Agustín y Damián naturalizan la lógica de pagar por jugar. La fueron incorporando en sus trayectorias dentro del club, y dentro del rugby. Aunque son conscientes que no cualquiera puede sostener la práctica (que allí radica una de las diferencias del rugby), y que jugar al rugby en La Plata no es lo mismo que cualquier actividad. O por lo menos su autopercepción es clara, tanto como para reconstruir qué significa para los otros que no son parte del rugby, como para suponer una mirada de esos otros sobre ellos. Me cuenta Damián que, cuando ingresó a la Facultad, tenía dos grupos de amigos: los que venían con él del Colegio Nacional y el que había hecho en la Facultad que, según él, “lo odiaban”. Y enseguida me explica por qué:

“Claro, porque se enteraron que jugaba, veían y decían ‘este canchero’. Y yo no hablaba con nadie en la facultad... yo me siento humilde y aparte vos ves mi historia y la de mi viejo y mi vieja... Ni en la clase hablaba, o sea, no es que era quilombero. Porque también hay que ser sinceros, está el rugbier que es quilombero. Yo no tengo problemas con nadie”

Damián dice que es uno más pero me agrega una secuencia laboral que complementa la autopercepción sobre el prestigio que los sujetos le confieren a su campo y que los convoca continuamente: “Me pasa en el laburo, con gente nueva, que me pregunta si juego al rugby, y me dice ‘ah, te tengo de ahí’. Y por ahí te empiezan a tratar de otra manera”.

Damián y Agustín denotan la importancia de la relación entre el capital de origen y el capital de llegada o, como dice Bourdieu (1998[1979]), entre las posiciones originales y las actuales. Agustín hace hincapié en el aprendizaje inicial de practicar un deporte donde se paga para jugar, y así es, así queda preestablecido. Damián amplía con su trayectoria social -aunque es recurrente entre los jugadores de rugby (excepto algunos pocos casos)- transfiriendo la posición de partida a la de permanencia, en instituciones educativas. Pero sobre todo, remarca la de partida, donde sabe que todos lo conocían y no debía presentarse. Hay un juego que Agustín y Damián exponen entre una correlación dinámica entre las posiciones sociales y las disposiciones de los agentes (si pensamos en una noción constructivista) que las ocupan, dice Bourdieu (Ibíd). Pero lo que se pasa por alto es cómo lograron ocupar esas posiciones, supuestamente de prestigio o, como mínimo, de notoriedad social. Es así que se establece un vínculo irreductible entre las disposiciones y las posiciones y, conjuntamente, entre las aspiraciones y lo que realmente se realiza en esas posiciones. Para el caso de Damián, quien marca su punto de origen educativo en el Colegio Nacional Rafael Hernández, no debemos olvidar lo que reponen Tiramonti y Zaglier (2008): luego de la segunda mitad del Siglo XX, el Estado participó en la formación de las elites intelectuales y en la diferenciación de nuevos grupos privilegiados,

“A la división planteada en la segunda mitad del siglo XX a través de las modalidades bachiller, comercial, y técnica, hay que sumarle la coexistencia de instituciones que presuponían destinatarios bien diferenciados. Entre ellas cabe mencionar: los colegios nacionales ligados a la formación de ciertas élites intermedias, los colegios religiosos que también compitieron por la formación de las elites [...], los colegios nacionales de dependencia universitaria que procuraron la formación de las elites dirigentes e ilustradas” (Tiramonti y Ziegler, 2008:25).

Lo que practican Damián y Agustín, entre tantos colegas suyos, es lo que Ziegler y Gessaghi (2012) explican con José Luís De Ímaz y su viejo trabajo *Los que mandan* (1964):

en nuestro país no puede hablarse de una “elite dirigente”, porque no hay acuerdos (ni explícitos ni implícitos) que la sostengan para hablar de un colectivo con objetivos más o menos similares. Lo que sí se puede evidenciar, es el “desajuste” entre “personas con prestigio social” y también “los que mandan”. De Ímaz explica, además, que el motivo radica en un “déficit de base previa” y de “socialización colectiva”. De Ímaz construye estas hipótesis en la década de 1960, en Argentina, con una fuerte impronta de teorías funcionalistas. Somos conscientes de la pregunta sobre si es posible o no, hablar de una *elite platense o clases de elites platenses*.

Agustín y Damián asumen ese supuesto prestigio. Lo dan por condición directa señalando al rugby como eje que funciona de usina para generar la diferencia simbólica ante el resto. Lo que debemos pensar en profundidad, sobre todo en el caso de Damián (que dice “no tener un mango¹⁸”) es la distancia entre su posición objetiva y su percepción de clase. Porque allí tiramos por la borda toda teoría economicista que ordena los sujetos y las clases sólo por las condiciones materiales de existencia. Pues entonces, ¿desde dónde asumen Agustín y Damián que tienen prestigio social y que son percibidos como tales, fuera del campo del rugby?¹⁹

Con Bourdieu (1998[1979]) podríamos anticipar que Agustín y Damián son conscientes de que poseen un fuerte capital social (que deben conservar y pueden aumentar), en el sentido de sus “relaciones” y lo que garantiza –justamente– ese capital, es la mediación institucionalizada que, en su caso, es el Club.

¿Cómo construir el privilegio?

Hilario no es jugador de ninguno de los clubes escogidos inicialmente para este estudio. El caso de Hilario es particular. Tiene veintisiete años y es ex jugador del Club Los Tilos. Estudia periodismo y trabaja en el Poder Judicial en el sector de Prensa. Su padre es un famoso preparador físico especializado en rugby, pero particularmente ha trabajado en equipos de primera división del Fútbol Argentino. Su madre falleció y tiene dos hermanos:

“somos todos jugadores de rugby. El primero que me lleva es mi viejo, y después lleva a mis hermanos, muy de chicos. Mi tío fue en realidad el que había arrancado un poco con la dinastía en el club. No diría que fue uno de los fundadores pero sí uno de los primeros que empezó a entrenar y después todos mis primos en algún momento jugamos y algunos de ellos siguen jugando.”

Al igual que Damián, Nacho y Agustín, Hilario coincide que el “rugby es una escuela de vida. Vos no podés fallarle a tipos que te enseñaron a vivir”, refiriéndose al supuesto valor de lealtad que se destaca en el rugby (o que se adquiere en el rugby). Y siguiendo con la homologación sobre la forma institucionalizada de aprender a vivir, Hilario insiste:

“te enseña cómo comportarte, te enseña a pensar que vos no sos en mi caso ‘Hilario a secas’, vos sos ‘Hilario, un ex jugador de Los Tilos’. Vos mantenés tu quehacer en la vida, pero a la vez tenés que mantener -no digo una responsabilidad-, sino una cierta línea porque perteneces a un club. Sos socio de un club. Entonces, ¿perder y tirar a la borda todo eso? Cuesta. Por eso te digo que se rompería con esto si fuese profesional, para mí, pero bueno es mi idea”.

Hilario asocia los ideales del amateurismo a una forma de enseñanza a vivir, lejos de otra forma profesional que, en términos imaginarios, rompería con lo que se supone que se recrea en el rugby: lealtad, honor, respeto y caballerosidad. Hilario expresa conscientemente que posee un capital y que hay que cuidarlo. La membresía vale demasiado para Hilario, como el criterio que ordena la respetabilidad en sus círculos de sociabilidad.²⁰

Asistimos aquí a una trama de relatos que nos guían a pensar cómo se produce y se nombra a la “construcción social de privilegios” (Ziegler y Gessaghi, 2012). Losada, desde una mirada Eliasiana, explica cómo en las esferas de las familias distinguidas en Argentina de finales del siglo XIX y principios del XX, una “buena” educación marcará la imagen de una familia, en términos de proyectar su reputación:

“A tono con un cambio de sensibilidad más amplio que pretendía extender las conductas civilizadas y convertirlas en una marca del comportamiento distinguido (Elias 1992), la ‘armonía y respeto mutuo’ debían definir la imagen de la familia porque contribuían a edificar su reputación, a forjar la respetabilidad de su nombre” (Losada 2012:28).

Hilario insiste en la dinastía como lógica (casi natural) de formarse y de responder a lo que exige pertenecer a esa familia con supuestos privilegios. Aunque cree posicionarse, por momentos, en ciertas posturas críticas y reflexivas, movilizando apreciaciones sobre el propio campo. Lo cansan las conversaciones dedicadas a la profesionalización o no del rugby, a la recurrencia de temas vinculados a lo deportivo. Es que Hilario comenzó a militar en el movimiento justicialista kichnerista y dice “me abrió la cabeza ideológicamente”. Y siente, por momentos, la contradicción de querer estar en el club, pero al rato tener ganas de retirarse, aunque mantiene una firme convicción:

“pero... ¿sabés lo que me pasa?, también me siento afuera, por eso que te digo, me voy a un ‘tercer tiempo’ por ejemplo, me pongo a charlar y bueno, un ratito de rugby me gusta, pero una, dos, tres, cuatro, cinco horas de lo mismo, no. ¡Me hincha las pelotas! La verdad que un rato me gusta hablar, después dentro de los grupos tenés distintos tipos con los cuales vos sabes qué hablar, pero cuando son tan, tan cuadrados...”. Y ahí mismo, con una expresión de lamento y preocupación (mordiéndose el labio inferior), me cuenta: “Bueno ni hablar cuando hubo conflictos, por ejemplo ‘la 125’²¹, fue terrible eso, era complicado hacerles entender. Tienen otro pensamiento muy distinto”.

Lo que aglutinaba como elemento histórico, emocional y familiar, lo distingue (y lo separa por momentos) gracias a una diferencia en la socialización política e ideológica que Hilario experimentó hace poco tiempo; lo que lo atraviesa y media para construir la idea de su Club como espacio de sociabilidad:

“Yo creo que Los Tilos no es ni lo uno ni lo otro, no es ni el ‘careta’ ni el ‘grasa’. Hay de todo. Lo bueno es que convive gente de mucho poder adquisitivo y gente que no tiene recursos, de hecho varios de los chicos que juegan en divisiones inferiores son de los alrededores, de ahí del Barrio Obrero. También tenés gente con mucho poder económico que conviven continuamente con gente de escasos recursos que, por una cuestión lógica, cuando van creciendo se les va complicando poder seguir en el deporte, que es caro. Es un deporte caro”.

Hilario celebra y positiviza la relación entre gente con mucho poder económico y gente con escasos recursos materiales²². Lo supone como un encuentro entre personas diferentes, pero luego naturaliza, cristaliza esas mismas diferencias, asumiendo que los jugadores que “no tienen recursos”, se quedan en el camino. Para Hilario, el factor económico es el principio de exclusión.

Cooncluyendo.

Gracias a la etnografía construida como enfoque, diría Guber (2004), apuntamos a que las diferencias susciten: entre los conceptos del etnógrafo y los conceptos del nativo; y así, darle valor al marco significativo que los propios actores reconocen como sus prácticas y sus nociones, en el contexto de su vida cotidiana y en el complejo de relaciones que establecen y presentan como sujetos cognitivos (Ibíd.). Desde aquí pudimos entender los sentidos que se establecen entre los hombres investigados y sus prácticas, que adquieren relevancia en tramas significativas; aportando así, algunas conclusiones.

El rugby, desde la década de 1910 en adelante, se cristalizará como uno de los círculos de contención y tránsito de personajes que obtuvieron u obtendrán prestigio social. El rugby será uno de los espacios donde se reproduzca esa cultura europea deseada por las bases de conformación de una nueva Nación. Será el espacio deportivo de distinguibilidad en la ciudad de La Plata, ciudad inventada bajo la mirada iluminista y racional del proyecto civilizador. Será el lugar donde se perpetúe el sistema moral que distingue a los caballeros y a los honrados hombres, cuyo prestigio social atribuido en la ciudad, se confirmará en la participación de un juego cargado de rudeza y agresión física. Es que también es el espacio donde se reproducirá el modelo masculino dominante por excelencia, según los criterios de clasificación de lo que, para el Estado, será un *verdadero hombre*: templado, racional, culto, educado. Pero complementariamente viril, corajudo, audaz y valiente, con una hombría a sostener ante cualquier contingencia.

El rugby significa, como hemos repasado en la ciudad de La Plata, dentro de un contexto nacional, el espacio de atribución y conquista de un prestigio social reconocido entre círculos de privilegio. Es una escuela moral distintiva donde se clasificó, históricamente, lo que significa ser un verdadero hombre, a partir de un sistema de pautas dominantes y hegemónicas, emparentadas con el atributo de la heteronormatividad y con la exaltación de la virilidad, dentro y fuera del campo del rugby. El origen social y las trayectorias de los sujetos investigados demarcan las propiedades y la legitimidad propia y reconocida como principal para pertenecer al campo. El capital cultural adquirido, más una trayectoria

emparentada con una “buena familia distinguida” (reforzando la idea de los legados, como modo de reproducir y sostener el prestigio social), se emparentan no sólo a la posición compartida, en términos de clase, en relación a la posición en la estructura social y económica de los sujetos, sino también en la capacidad, destreza y poder de administrar las diferencias culturales y simbólicas.

El rugby se convirtió en uno de los espacios para mantener y contribuir a la ilusión de *estar cerca* de Europa. Donde se perpetraron y se conservan tradiciones, costumbres y valores emparentados con la cultura inglesa y francesa como posibilidad distintiva de “lo local”. Es un giro hacia la distinguibilidad, directo y asociado a un privilegio autopercebido por los sujetos participantes del rugby. Es el espacio donde se enseñan las buenas y legítimas costumbres que, estratégica y eficazmente, construyen distinción moral, pero también estética, a la vez que se edifica una narrativa en donde la retórica del honor y la caballerosidad, diría Gayol (2008), proveen un lenguaje propio. Donde además de nombrar ese mundo como legítimo, se pone a prueba poniendo el cuerpo y exhibiéndolo, ya que el honor en el rugby, se asocia a la reputación social. Es la forma que se aprende a *ver y a ser visto*, de ejercitar los criterios de clasificación moral, además *de evaluar y ser evaluado*.

El rugby mantiene la obsesión por instaurar jerarquías: económicas, culturales, etarias, étnicas y de género. Allí radica la eficacia de su carácter exclusivo y de privilegio. Someterse a esa jerarquización y lograr sostener el escalafón conseguido, es la prueba a pasar. Ese lugar se mantiene con esfuerzo, con dedicación, y con la performatividad tanto práctica como retórica. Palabras, gestos, actitudes normativas dentro del campo de una masculinidad hegemónica, deben asimilarse y reproducirse en el espacio que hemos estudiado, más allá que intentamos mostrar que las identidades y las valías que las recubren, son situacionales.

Referencias bibliográficas.

Adamovsky, Ezequiel (2012). *Historia de la clase media argentina*. Buenos Aires: Grupo editorial Planeta, sexta edición.

Alabarces, Pablo (2002). *Fútbol y patria*, Prometeo Ediciones, Buenos Aires.

Archetti, E. (2001). *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*, Buenos Aires: FCE.

Bourdieu, Pierre (2007[1980]). *El sentido Práctico*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI argentinos.

Bourdieu, Pierre (1998[1979]). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Editorial Taurus.

Branz, Juan y Garriga Zucal, José (2012). *Civilizados y animales. Representaciones publicitarias de la identidad nacional en el rugby*. Revista Oficios Terrestres “Comunicación y ciencias sociales en Latinoamérica”. Publicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. N° 27.

De Luca, Ruben Mario (2003). *Familias Platenses*. Buenos Aires: Edigraf S. A.

Elias Norbert y Dunning, Eric (1992). *Deporte y Ocio en el proceso de la civilización*. México: FCE.

Gayol, Sandra (2008). *Honor y duelo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Guber, Rosana (2004). *El salvaje metropolitano: Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.

Lins Ribeiro, Gustavo (2004). *Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica*. En: Boivin, M.; Rosato, A.; Aribas, V. *Constructores de otredad*. Buenos Aires: Antropofagia. Pp 194-198.

Losada, Leandro (2012). *La educación de la clase alta argentina. Vida doméstica e instituciones*. En Ziegler, Sandra y Gessaghi, Victoria (comp.), *Formación de las elites. Investigaciones y debates en Argentina, Brasil y Francia*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

Ziegler, Sandra y Gessaghi, Victoria (comp.) (2012). *Formación de las elites. Investigaciones y debates en Argentina, Brasil y Francia*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

¹ Doctor en Comunicación (UNLP) Conicet/Idaes-FPyCS/UNLP juanbab@yahoo.com.ar¹

² Es comparable, en dimensiones y en caudal de socios con los Clubes Estudiantes de La Plata y Gimnasia de Esgrima de La Plata.

³ El profesor de Historia Daniel Chiarenza publicó documentación en "**Historia General de la provincia de Buenos Aires**". <http://profesor-daniel-alberto-chiarenza.blogspot.com.ar/2009/11/19-de-noviembre-de-1882-fundacion-de-la.html>

⁴ Adamavosky retoma la cita de Sarmiento del trabajo de Nicolás Shumway, *La invención de la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Emece. Pp. 170, 1993

⁵ Rubén Mario de Luca, contador, escritor y funcionario público en la Administración provincial, realizó un minucioso trabajo "sobre la gestación de la sociedad platense". Tomó como principales fuentes el trabajo del Arq. Alberto S. J. De Paula, la colección del diario *El Día*, Actas del Concejo Deliberante de la Municipalidad de La Plata, los diarios de Sesiones de la Legislatura y el Registro oficial de la provincia de Buenos Aires.

⁶ La experiencia entre el Buenos Aires English High School y lo que hoy conocemos como Asociación Alumni, podría haber sido un ejemplo de vinculación entre el rugby y una institución educativa.

⁷ Nacho es Profesor de Educación Física y es propietario de un Gimnasio. He compartido muchas horas y días con él y sus compañeros de equipo en ese gimnasio. Ha sido un espacio importante de sociabilidad donde he conocido muchos aspectos sociales, culturales y estéticos del mundo del rugby. Nacho, es jugador de Albatros Rugby Club.

⁸ Otro de los clubes tradicionales de rugby de la ciudad de La Plata. San Luis no fue construido como unidad de observación.

⁹ Localidad donde se ubican los clubes La Plata Rugby y Universitario.

¹⁰ Localidad donde se dispone el Club Albatros.

¹¹ Detuve la mirada en estas situaciones, en mis períodos de observación no participante de los clubes de Gonnet. He permanecido varios días con uno de los preparadores físicos del Rugby del Club Universitario, observando cómo los jóvenes de 14 a 19 años realizaban ejercicios de musculación en el gimnasio que posee el club.

¹² En aquel momento, cuando charlábamos con Nacho sobre estas cuestiones, Albatros militaba en el mismo grupo (división, categoría) que Universitario, y se produjo, para los jugadores de Albatros una especie de "clásico", de rival a vencer, en tanto a ser reconocidos con el orgullo que significa ganarle a otro equipo de la ciudad. Mientras que por parte de Universitario, minimizaban la cuestión o, directamente, omitían algún tipo de expectativas al enfrentar a Albatros.

¹³ Localidad de similares características a las de Gonnet, que conserva el prestigio al ser el barrio habitado por familias tradicionales de la ciudad de La Plata, o por contar entre sus moradores, con funcionarios con cargos jerárquicos en el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, o empresarios influyentes en la órbita privada. City Bell, se ubica luego de Gonnet, trasladándose desde La Plata hacia Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA).

¹⁴ También, muchos jugadores entrevistados me han hablado de la "Pumamania". Se refieren a la consecuencia, en tanto la movilización de entusiasmo generado por el desempeño del Seleccionado Nacional de rugby (denominado "Los Pumas"), el cual culminó en la tercera posición en la Copa del mundo, disputada en Francia en el año 2007. Esto, según mis interlocutores amplió el público que se interesó por el rugby, dado que los partidos fueron seguidos por televidentes no especializados en el campo del rugby, incluso siendo las transmisiones por sistema de televisión privada. Sin dudas, el papel de los medios gráficos dedicados al rugby, los portales web y las secuencias publicitarias sobre "Los Pumas" en los canales de televisión abierta, lograron el incremento en el interés sobre el producto. Sobre todo, en la pregnancia de un relato nacionalista asociado y encarnado por "Los Pumas".

¹⁵ "Maristas" es el apodo del equipo de San Luis, mientras que "Canarios" es el de LPRC, y "Tilambres" el del Club Los Tilos (otro de los clubes tradicionales de la ciudad, que no fue construido como unidad de observación).

¹⁶ Con periferia me refiero a la no centralidad del campo. Si partimos de la idea, como lo hace Nacho, de concebir a LPRC, al Club San Luis y a Universitario, como los "clubes grandes" y prestigiosos. Donde sus jugadores mantienen un papel central en términos simbólicos en la ciudad de La Plata.

¹⁷ Se refiere a un sector de Villa Castells, de condiciones más precarias que el resto del Barrio. Pero que no llega a nombrarse, ni a identificarse con una villa miseria o un “barrio en emergencia”.

¹⁸ “Mango” es el equivalente a dinero, en el conjunto de palabras y códigos que se conoce como la jerga Lunfardo.

¹⁹ En la tesis original, dedico un apartado para pensar esta pregunta, haciendo foco en las tradiciones que se producen y reproducen en el rugby

²⁰ Vale la aclaración que los datos anteriores no determinan si los sujetos que investigamos son o no respetados socialmente. Lo que estamos intentando reconstruir es el sistema de identificaciones hacia particulares instituciones, según la trayectoria social de los sujetos, y su percepción sobre su posición en el espacio social.

²¹ Hilario se refiere al proyecto denominado Resolución 125/08 que la Presidenta Cristina Fernández envió al Congreso para su tratamiento, en el año 2008.

²² Se suele dar por sentado o establecer una relación directa entre los nombres de los Barrios y la composición socioeconómica de los pobladores de dichos espacios. Hilario asocia ante mí, el núcleo sintáctico “Barrio Obrero” con una representación de pobreza estructural. El Barrio Obrero de La Plata es un barrio de densidad media, urbanizado, que mantiene una estética similar en todas sus unidades habitacionales, y que no presenta problemas o precariedades para la residencia.